

Las perspectivas de la región a largo plazo

Javier Pérez de Cuéllar*

Con frecuencia los retrocesos oscurecen los aspectos positivos

El presidente De la Madrid, dando nueva prueba de su visión de estadista y de su interés por los problemas del hemisferio, tuvo la acertada iniciativa de celebrar esta Conferencia Extraordinaria de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe y le ofreció como sede esta bella y hospitalaria ciudad de México. Ciertamente, ha llegado la hora de reexaminar los múltiples obstáculos que dificultan el desarrollo de los países de la región, y me complace enormemente participar en este oportuno ejercicio. En un contexto en que las circunstancias internas y externas cambian rápidamente, convendría que exploráramos opciones que permitieran revertir las tendencias recesivas generales de años recientes, que amenazan prolongarse no obstante las mejoras de los últimos tiempos. Estas mejoras, por lo demás, han sido muy disparejas.

Es evidente que la CEPAL tiene una importante función que desempeñar en esta búsqueda. Considero particularmente acertado que para este ejercicio de reflexión colectiva se haya elegido un foro de las Naciones Unidas, pues si bien la iniciativa del presidente De la Madrid se aplica fundamentalmente a América Latina, la crítica coyuntura actual hace que ese examen tenga

importancia no sólo para las regiones en desarrollo sino también para la economía mundial en su conjunto. Se trata, en efecto, de un problema, o un conjunto de problemas, claramente tipificado para un tratamiento multilateral.

Quisiera aprovechar la oportunidad de compartir con ustedes algunas reflexiones sobre acontecimientos recientes y perspectivas inmediatas en América Latina y el Caribe, vistos a través del prisma de tres de los grandes propósitos interrelacionados de la Organización: preservar la paz, impulsar el bienestar de todos los habitantes del planeta y promover la cooperación entre gobiernos y pueblos.

La palabra "crisis" se emplea, una y otra vez, para describir los acontecimientos en América Latina y el Caribe de los últimos años.

Sin duda, se ha producido un serio retroceso en materia económica y social. Frecuentemente se pierden de vista, sin embargo, aspectos positivos, como el hecho de que la región es una de las pocas del mundo que, desde 1945, ha sido capaz de evitar, con raras excepciones, serios conflictos entre los países que la componen. Más aún —lo que es muy significativo—, desde el principio de este decenio se ha acentuado marcadamente una alentadora tendencia a favor de procesos políticos crecientemente democráticos y participativos.

En efecto, aunque en la región persisten divergencias, al igual que en otras partes del mundo, los países que la integran las han abordado, o al menos contenido, en el marco de arreglos pacíficos. La excepción más notoria es la amenaza latente a la paz en Centroamérica. Al término de la gira que, junto con el Secretario General de la Organización de Estados Americanos, acabo de efec-

* Secretario General de la ONU. Se reproducen las palabras que pronunció en la ceremonia de inauguración de la Conferencia Extraordinaria de la CEPAL el 22 de enero de 1987. La Redacción eliminó algunas referencias circunstanciales, hizo pequeñas modificaciones editoriales y es responsable del título y los subtítulos.

tuar acompañando a los ministros del Grupo de Contadora y del Grupo de Apoyo, me encuentro en inmejorables condiciones para decir que constituye, más que un problema local, un ejemplo de cómo problemas de carácter interno, surgidos de estructuras políticas y sociales injustas, se agravan como consecuencia de injerencias externas que acaban por insertarlos en el marco de la pugna Este-Oeste.

Aun en este caso, conviene destacar, como lo he hecho en mis informes al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General de las Naciones Unidas, que la reacción a la problemática centroamericana —manifestada por los esfuerzos de Contadora— tiene precisamente como objetivo encontrar una solución pacífica a las tensiones existentes. El hecho de que los países de América Latina y el Caribe hayan buscado resolver sus diferencias en el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas es un aspecto que debemos resaltar. La comunidad internacional confía en que este denodado esfuerzo sirva de aliento para el logro de una paz justa y duradera en América Central.

En el mismo sentido apunta la creciente apertura democrática que se está dando en la región, con una consolidación, en la mayoría de los países, de sistemas políticos representativos. Si bien no disponemos de indicadores precisos para medir el grado de respeto a los derechos fundamentales del hombre, evidentemente las tendencias recientes en América Latina y el Caribe son de signo positivo. Prueba de ello es el creciente número de países de la región que son parte de los dos pactos internacionales de derechos humanos y que, de un total de 37 estados que han ratificado o accedido al Protocolo Opcional del Pacto de Derechos Civiles y Políticos, 14 proceden de esta región.

Lo que corresponde ahora es que a estos logros se sume un cambio de tendencias en la evolución de las economías, a fin de que la democratización en el campo político se complemente con un mayor progreso económico y una distribución equitativa de la riqueza. Sin la perspectiva de un progreso constante en las condiciones de vida de los pueblos de la región —que recientemente han sufrido serios reveses—, el proceso de liberalización política se verá adversamente comprometido.

La crisis y el desarrollo

Todos estamos conscientes de la estrecha interacción de los factores económicos y políticos. El panorama económico general de los últimos años sólo puede recibir el calificativo de "crisis". Un solo dato, aportado por la CEPAL, es de por sí elocuente: para América Latina y el Caribe, en su conjunto, el PIB por habitante a finales de 1986 apenas equivalía al nivel registrado en 1978. Se ha perdido toda una década. Para algunos países, el retroceso ha sido mucho más dramático, por cuanto se han invertido marcadamente algunas tendencias sociales. En particular, ha aumentado el desempleo en las zonas urbanas. La deuda ha constituido, y sigue constituyendo, una pesada carga para las economías de la región. Quisiera hacer algunas observaciones sobre ciertos problemas generales relacionados con la economía mundial, en la medida en que afectan a los países en desarrollo.

En primer término, y no obstante los avances registrados en los últimos años en la evolución de las economías desarrolladas, tanto en materia de crecimiento como de reducción de la inflación, se plantean amenazas graves que pueden impedir que la

evolución expansiva y ordenada de la economía internacional continúe a un ritmo sostenido. Para que las tendencias favorables se mantengan y se afiancen, se requeriría la adopción de medidas adicionales destinadas a corregir los desequilibrios existentes, sobre todo en las balanzas de pagos, y la reducción de los tipos de interés reales, así como una mayor estabilidad de los tipos de cambio y de la situación monetaria en general. Un ambiente económico internacional expansivo y estable es esencial para que el mundo en desarrollo vuelva a tener tasas más altas de crecimiento. Las principales economías industrializadas tienen una responsabilidad especial en este sentido. Es de esperar que esos países continúen mejorando la coordinación de sus políticas para lograr simultáneamente una mayor estabilidad y un crecimiento económico más constante sin inflación.

En segundo lugar, no se puede dar por sentado que un crecimiento dinámico razonable de las principales economías industrializadas necesariamente se transmitirá al resto de las economías. Por un lado, parece que se están produciendo alteraciones estructurales importantes en la economía mundial en detrimento de los artículos primarios —alimentos, minerales y, en los últimos años, hasta hidrocarburos— que constituyen el grueso de las exportaciones del mundo en desarrollo.

Los precios de virtualmente todos los bienes primarios se encuentran sumamente deprimidos.

Además, las políticas de subsidios aplicadas por varios países industrializados en beneficio de sus productores de bienes agropecuarios tienen repercusiones negativas para los exportadores de los países en desarrollo. Es apropiado invocar la memoria del recientemente fallecido Raúl Prebisch, precisamente en una Conferencia Extraordinaria de este foro, permanentemente inspirado por su pensamiento, pues hace ya mucho tiempo que él señaló a la atención de la comunidad internacional el problema generalizado que planteaba la fragilidad y el debilitamiento de las relaciones de intercambio de los países en desarrollo.

En tercer lugar, esta situación se ve agravada por las tendencias proteccionistas que claramente se han acentuado en muchas economías industrializadas, planteando una amenaza más a la posibilidad de que el comercio internacional, y en particular las exportaciones de los países en desarrollo, se expandan de manera ordenada y transparente. Espero que el espíritu constructivo presente en la reunión del GATT, celebrada en Punta del Este el año pasado, encuentre ahora una expresión concreta en las negociaciones que se avecinan en la Ronda Uruguay. En especial, es de esperar que en ellas se tomen muy en cuenta las necesidades especiales de las economías en desarrollo. Confío, además, que el séptimo período de sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, que se celebrará próximamente y en el cual se abordará una amplia gama de temas, contribuirá al mejoramiento de las condiciones internacionales a las que deben hacer frente los países en desarrollo.

En cuarto lugar, para que se reanude la expansión económica de los países en desarrollo será necesario aumentar significativamente el financiamiento externo neto y mejorar las condiciones en que se suministra.

El tema central del debate es la pesada carga de la deuda externa, cuyo servicio sigue imponiendo un elevadísimo costo social y económico a la región.

Si bien en los últimos tiempos se reconoce cada vez más la necesidad de resolver el problema de la deuda en un contexto de crecimiento, tengo la impresión de que no se están suministrando recursos financieros externos en la medida suficiente. Los organismos financieros multilaterales tienen dificultades para ampliar sus bases de recursos, y el capital privado —en especial la banca internacional— demuestra una marcada renuencia a suministrar recursos financieros adicionales a la gran mayoría de los países en desarrollo. Los problemas creados por un clima comercial desfavorable agravan esa falta de recursos externos. Es preciso redoblar esfuerzos para encontrar la forma de resolver el problema mediante la cooperación. Esto se reconoció en la resolución aprobada por consenso en el cuadragésimo primer período de sesiones de la Asamblea General, concluido recientemente, pero debe ponerse en práctica con medidas concretas.

No obstante, el mejoramiento del ambiente económico internacional por sí solo no bastará. Es preciso que los propios países latinoamericanos procuren hacer ajustes internos para fomentar el crecimiento. Es mucho lo que se ha logrado. Pero los resultados no son parejos y aún queda mucho por hacer. Es necesario intensificar los esfuerzos para promover el ahorro interno, asignar recursos de manera más eficiente, aumentar las inversiones productivas, controlar la inflación, establecer un equilibrio más racional entre los sectores público y privado y, en general, aumentar la eficiencia en todos los órdenes. Es evidente que en este proceso de ajuste también se debe prestar la debida atención a los aspectos sociales, a fin de proteger a los grupos humanos más vulnerables y asegurar que el ajuste no acentúe las desigualdades, ya considerables, que existen en la región. Para esto se requiere no sólo la acción de los propios gobiernos, sino también una mayor comprensión de parte de la comunidad financiera internacional. Ello debería reflejarse tanto en los criterios que se aplicasen para apoyar programas de estabilización como en el suministro del financiamiento adecuado para esos fines.

Ésos son elementos clave para mantener la estabilidad política, sin la cual no será posible lograr el progreso económico. Éste, a su vez, es indispensable para el cumplimiento de las obligaciones financieras contraídas. Debemos resolver el conflicto entre deuda y desarrollo que afrontan actualmente tantos países en desarrollo. De lo contrario, se socavarán las victorias alcanzadas con tanto esfuerzo en el frente político. En este orden de ideas, quiero valirme de esta ocasión para aplaudir públicamente la iniciativa del presidente Barco, de Colombia, en relación con la erradicación de la pobreza absoluta en la región.

También es importante encontrar la forma de asegurar que los países que efectivamente emprendan valerosos programas de ajuste y estabilización tengan acceso al financiamiento que necesitan más rápidamente en la actualidad. Esto puede ser un factor indispensable para el éxito de sus esfuerzos, sobre todo en el caso de los países más pequeños que no cuentan con otros recursos. Es más, para muchos de esos países, el alivio de la deuda debería ser parte de las medidas adoptadas en respuesta a la crítica situación por la que atraviesan.

Lo dicho me lleva a formular algunos comentarios sobre la cooperación entre las naciones y los pueblos.

Vivimos en un mundo cada vez más interdependiente. Cuanto más grande sea el peso relativo de un país en la economía mundial, mayor será su influencia. De hecho, no se trata de una cre-

ciente interdependencia entre iguales. Esto pone de relieve la importancia de las políticas de las principales economías industrializadas, y especialmente de Estados Unidos, que han tenido tanta influencia en las economías de esta región.

Resulta menos evidente, pero igualmente cierto, que el desempeño de las economías en desarrollo incide de modo considerable en el de las economías industrializadas. La brusca caída de las exportaciones de Estados Unidos a América Latina en años recientes es un ejemplo de lo anterior. El activo interés que suscita el problema de la deuda de los países en desarrollo en las capitales financieras del mundo es otro.

Ello pone de manifiesto la importancia de continuar el diálogo y de adoptar medidas para que las estructuras monetarias, financieras y comerciales de la economía mundial tomen en cuenta los intereses de *todas* las partes.

Lo dicho da especial sentido a esta Conferencia, que representa una unión de esfuerzos tendientes a fortalecer la cooperación internacional en el marco de los compromisos que a cada una de las partes corresponde como miembro de la comunidad mundial. Esa corresponsabilidad también entraña la aceptación de que cada país debe elaborar su propia estrategia de desarrollo, por cuanto es preciso reconocer que no existen fórmulas de validez o aceptación universal para recorrer la senda del desarrollo.

Para concluir, quisiera hacer una alusión a otro aspecto de la cooperación que tiene una larga tradición en América Latina y el Caribe y en el cual el presidente De la Madrid ha hecho especial hincapié. Me refiero a la integración económica, que no sólo puede contribuir a los esfuerzos de las naciones de la región por superar los obstáculos que impiden su desarrollo, sino que también puede realzar la importancia de la región en el escenario internacional.

Los recientes acuerdos de integración aprobados por Argentina, Brasil, Uruguay y México, para mencionar sólo algunos, nos indican que esta idea no sólo sigue vigente sino que hoy experimenta un renacimiento. Esta circunstancia me llena de aliento, y confío en que este proceso recibirá un nuevo impulso como resultado de esta Conferencia.

No obstante sus dificultades recientes en el ámbito económico y social, no vacilo en afirmar que las perspectivas a largo plazo para los países de América Latina y el Caribe son buenas. La región dispone, en efecto, de los recursos y la creatividad necesarios para vencer los obstáculos que entorpecen su desarrollo, sobre todo si los países se unen para superarlos en forma colectiva.

Espero que la reciente interrupción de la tendencia de transformación y crecimiento iniciada hace ya una generación resultará, a la postre, una pausa que habrá servido para corregir errores, retomar fuerzas y, como dije, impulsar avances trascendentales en otros ámbitos que requieren atención. Este proceso se verá facilitado en buena medida por un ambiente internacional más favorable a la cooperación. El verdadero significado de esta reunión es que ofrece la oportunidad de explorar nuevas formas de definir esas responsabilidades, respetando la heterogeneidad de situaciones que se presenta en una región tan variada, y a la vez de examinar modalidades distintas de la cooperación internacional. □